



Unas causas que se le escapaban

1

El despertador de la señorita Susi 1

Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, todo el mundo quiso arreglar el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo tiempo de excepción de un suceso que no hubiera tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor: había ocurrido de que consistió en algo tan cotidiano como lo es el que un despertador no funcione.

— Y más considerando... — el presidente interrumpió la lectura del memorándum y **con la mano derecha**, se presionó los lagrimales con el índice y el pulgar de la izquierda y, tras un breve suspiro, dedicó una mirada lenta, algo canina, a la mujer que tenía enfrente —, considerando, mi querida señora, que nada obligaba a la encamada a saltar de la cama a las... **hora y momento de salir** y haragó los papillos en busca de...

— Las 5:35 de la madrugada — declaró desde el fondo de la sala una voz masculina alta, clara y bien timbrada.

— ¡Exacto! — El presidente constató con un cierto regocijo que había encontrado el renglón que buscaba un par de décimas de segundo antes de que la voz se elevara —; las 5:35 de la madrugada y a nuestra encamada, aquí presente, no había nada que la obligara a levantarse de la cama (¿Dónde está, pues, el drama?)

¡En su hora, pues!

— ¡Cielo santo, mi cliente no lo sabe! — protestó con viveza un caballero de cabello canoso que ejercía los días lluviosos como abogado — Al drama, señoría, se lo hubo perdido la pata la noche anterior, más exactamente cuando la tarde caía no propiamente sobre la ciudad pero sí sobre un pequeño congreso alejado a los jardines colindantes al palacio episcopal...

— Y como se daba la circunstancia de que por **añadidura no era de ella ni de su incumbencia** — el presidente se **dirigió a la señora** —, esta vez con el gesto apesadumado del que no está en absoluto



por doquier y razones tan sencillas como que ni era verano ni ella estaba (que supiera, al menos) menopáusica — era más puntual que el reloj del vestidor que..., ahí estaba, *míralo*, marcando en el momento preciso la hora *previsible y exacta* y no cualquier otra *intempestiva e inexacta* ya por olvidadiza o remolona ya por atropellada —, aunque ya se cercioraría el próximo día 29 (la señorita Susi

se alegró de que aquel año fuese bisiesto, que así no se desorientaba) o, si es que se le pasaba, dentro de cuatro años como, total, el tiempo *corre que se las pela* o viérase, si no, el paso que llevaba dejando su huella en tantos rostros surcados de arrugas y en tantas cabezas encanecidas cuando, hacía cuatro días como quien dice, fueron tersos aquellos y peinaron estas sedosos cabellos rubios o castaños, lisos o ensortijados enmarcando, en sus diferentes colores o texturas y en cualesquiera de los casos, las facciones más o menos perfectas y mejor o peor dibujadas dependiendo de la mano y de la capacidad de observación (sin olvidar, claro está, las dotes artísticas del que manejaba el carboncillo o el pincel bajo la mirada crítica de don Eliseo¹) de su correspondiente creador.

¹ que se paseaba por el taller instando a sus pupilos a que rectificasen, o suavizaran o remarcasen, tal o cual trazo de manera que esta o aquella fisonomía resultara más en consonancia con la idiosincrasia del personaje correspondiente de los varios en los que se venía trabajando en el aula contigua “porque — decía — imaginad por un momento qué sucedería si nos liásemos todos como locos a diseñar rasgos característicos de nuestras latitudes y nos encontrásemos, a la hora del montaje, con que la señorita Clotilde, persona muy viajada y conocedora de gentes y de razas extrañísima, hubiera encargado a sus alumnos (o simplemente dejado hacer, a su libre albedrío — puntualizaba, un poco rencoroso —, por culpa de esa manía suya de no poner cortapisas a las capacidades creativas de tantas almas tiernas como tiene a su cuidado) que pergeñen lapones, o chinos, o suecos, tan diferentes entre sí y tan desconocidos para nosotros”.

Y terminaba don Eliseo por concluir — y contestarse él solo ante la evidencia de que los chicos, tan díscolos, no imaginaban lo que él les estaba indicando sino lo que les daba la real gana — que habría sido un trabajo “el nuestro” del todo inútil; y que “nos

encontraríamos” con todo un repertorio de ojos y de narices y de bocas que se quedarían, hasta Dios supiera cuando, sin encontrar destino ni acomodo y privados, por añadidura y en flagrante contradicción con la esencia nuda de su *para qué* y atendiendo a los diferentes casos, aquellos sin ver, las otras sin oler, y estas sin decir ni mascar chicle que, “os lo tengo dicho”, en clase no se mascaba chicle.